

Nacho Montes

SCHIAPARELLI

La italiana de París

la esfera  de los libros

PRIMERA PARTE

SCHIAP Y LAS ESTRELLAS

Todos tenemos una caja de los secretos en algún rincón de nuestra casa y de nuestra alma. Yo he ido guardando en la mía durante estos últimos ochenta y tres años pequeñas cosas que hablan de mí, de mis amores, de mis recuerdos, de mis más vulnerables nostalgias. Tienen mucho más valor por lo que representan en mi corazón que por lo que pagarían los viejos y astutos joyeros de esta ciudad.

Lo único material que me queda de mi madre son estos pendientes y esta sortija de brillantes rosas, son tan puros que siempre me resultaron exquisitamente obscenos. No sé si para recordarla a todas horas, con toda la dureza de su temperamento y su genio, o para endulzar los recuerdos hasta convertirlos en los más bonitos del mundo, a pesar de todas las tragedias...

Elsa Schiaparelli dejó de escribir por unos segundos aquella carta que revisaba y reescribía cada cierto tiempo

con el fin de que un día, cuando llegase su destino final, sirviese de despedida. Se miró en el espejo del tocador, cerró los ojos serena notando cómo una lágrima de nostalgia recorría su mejilla arrugada y se zambulló de golpe en aquella otra caja, la de su memoria.

1890

10 de septiembre de 1890
Palazzo Corsini, Roma

Nadie recordaba una noche como aquella en Roma. La lluvia inundaba el populoso corazón del Trastevere, agazapado como un niño bajo la poderosa tormenta. Dos de los árboles más grandes del Jardín Botánico, que se alzaban orgullosos hacia el Janículo, se habían partido por la mitad en la explanada que daba entrada al palacio. Celestino Schiaparelli, un hombre bonachón y tranquilo, reconocido arabista, erudito del sánscrito y decano de la Universidad de La Sapienza, deambulaba intranquilo por la biblioteca sin poder controlar los nervios. Con cada relámpago, mientras él contaba los escasos segundos que tardaba en romper un nuevo trueno resquebrajando la noche en mil pedazos, llegaba un alarido de su mujer, asistida en la alcoba principal

del primer piso por las tres comadronas más reconocidas de la ciudad.

Giovanni Schiaparelli, reputado astrónomo e historiador de la ciencia, senador del reino de Italia, se acercó al mueble bar, sirvió dos vasos gruesos y pesados de cristal de Bohemia con el contenido rojizo que llenaba la licorera antigua del coñac, se bebió el suyo de un único trago y le tendió el otro a su hermano.

—Bebe de un golpe, es el mejor estimulante para que el cerebro solo procese lo necesario —afirmó sonriendo y atusándose sin prisa el espeso bigote con su mano regordeta.

—¿Todo esto de un trago? —preguntó Celestino con un hilillo de voz dubitativo, justo cuando una nueva descarga eléctrica iluminaba por un segundo la oscura inmensidad del palacio.

—Sin pensarlo. El cielo no se calmará por ello, pero tú sí —sentenció Giovanni. Y cuando su hermano ingería de golpe el contenido del vaso y un relámpago descomunal partía en dos un inmenso alcornoque sobre la cristalera de la biblioteca, haciendo estallar parte de sus vidrieras, en el piso superior rompía por fin el llanto vibrante y esperanzador de un bebé.

Los dos hermanos salieron corriendo para alcanzar la escalinata de mármol. Cuando llegaron a la alcoba, jadeantes, una de las orondas comadronas se había parapetado en la puerta unos segundos mientras las otras dos

limpiaban al bebé y a la madre, que no había perdido ni un rubor de sus mejillas encendidas y seguía dando enérgicas órdenes a su doncella y a las comadronas como si no hubiese pasado todo un día de parto.

—Que no entre nadie hasta que yo lo apruebe —ordenó la parturienta tajante, mirando de reojo a la criatura recién nacida, arqueando las cejas y frunciendo el bigote en un claro signo de desencanto.

—Tendrán que esperar unos minutos, señores —espetó la comadrona, taponando la entrada con su cara de sabuesa y el delantal ensangrentado.

—¿Qué ha sido? —preguntó el padre con las palmas de las manos juntas en un gesto de súplica y compasión.

—Una niña sana y fuerte —respondió bien alto desde dentro la matrona más anciana.

—Y fea, es evidente que no ha sacado la genética de los Medici —añadió refunfuñando la madre.

Elsa Schiaparelli había llegado al mundo, como si de un aquelarre se tratase, en mitad de la tormenta más cruda y salvaje que recordaría la ciudad en muchos años de historia. El Trastevere, ese rincón privilegiado y sabio de Roma, se había llenado de ramas y troncos, de cristales rotos y de balsas de agua y barro, pero, a los pocos minutos del alumbramiento, la luna llena salió, plateando todas las oscuridades, y la noche se meció en su blanca calma.

—Es la niña más fea que he visto en todos mis años de existencia, pero será tan bella en la vida como se proponga —pensó Giovanni al salir del palazzo Corsini, sonriendo al recordar los tres lunares que tenía la pequeña en su mejilla izquierda, dispuestos como la constelación de la Osa Mayor.

Los puestos de naranjas y tomates llenaban la piazza di Santa Maria in Trastevere poniendo a la mañana soleada su particular rubor a pesar de los charcos que había dejado la tormenta. Todo estaba iluminado. En Italia salía el sol y los habitantes llenaban las calles y los mercados en minutos, como un batallón de hormigas. Lo mismo hacían las buganvillas con aquellos setos enormes que un día mandase plantar José Bonaparte, habitante del palazzo Corsini durante la ocupación napoleónica de Roma. Contaban las viejas del Trastevere, cuyas abuelas habían servido como doncellas en palacio, que un día se levantó don José, rey de España, después de una noche de tormenta, salió al jardín con un sable y empezó a cortar a gritos todas las ramas caídas de las palmeras centenarias.

—Que me parta un rayo si en este jardín no florecen cada estío un millón de flores luminosas de todos

los rosas que nunca haya visto este imperio —gritaba, blandiendo su sable y cortando el viento, como un don Quijote enloquecido en su lucha con una docena de molinos de viento.

Cada final de primavera, desde todos esos años que recordaban las memorias de las viejas, las decenas de matas de buganvillas que un día trajeron de España invadían los muros y verjas del palacio, colgando sobre la calle y llenando las aceras de un manto rosa vibrante. Sobre él sonaban esa mañana los botines «pizpiretos» de Catalina La Bella, la mejor amiga de la marchesa María de Dominicis, María Luisa Schiaparelli.

Catalina, veinte años menor que ella, hacía honor a su nombre. No era un apodo, a pesar de su insultante belleza. Aunque para los romanos de alta alcurnia se había convertido en la manera de llamarla por su nombre completo hasta en la más estricta intimidad. También sus amigos la llamaban así en el tú a tú, como si fuese un título que le hubiesen puesto de niña por los rasgos perfectos de su rostro. Tenía los ojos muy azules, la nariz menuda, el pecho altanero y los labios jugosos como las cerezas. Había comprado en la plaza un ramo inmenso de rosas rosas para conocer a la pequeña Schiaparelli.

Cuando llegó al palacio, María Luisa ya estaba en pie, dando gritos a todo el mundo y organizando los detalles de la comida.

—Es increíble la energía que tienes para llevar toda la noche pariendo —anunció Catalina La Bella dejando las rosas sobre la cama y acercándose emocionada hasta la cuna que habían colocado delante del ventanal para que la luz del sol bañase a la niña.

—Lo que es increíble es que nadie sea capaz de hacer las cosas como mando. ¿Alguien puede traer una dichosa jarra con agua fresca? —gritó justo cuando una de las doncellas llegaba con ella y se apresuraba a meter las rosas en el agua.

—Oh, pero qué cosa tan, tan... —dudó unos segundos, cogiendo a la niña en brazos. Olía a talco y a esencia de lavanda.

—¿Tan fea? —preguntó con una risotada irónica la madre.

—Eres siempre tan tosca, María Luisa, que nunca me acostumbraré, pasen los años que pasen.

—Pues tendrás que aguantarte hasta que me muera, si es que no te mueres tú antes, claro está —respondió con un bufido.

—Qué cosa tan bonita, tan risueña y tan sana —sentenció con la niña en alto, que había entreabierto los ojos y había esbozado una sonrisa.

—Que el señor te conserve otras cosas, la vista la has debido de perder esta mañana —bufó de nuevo la parturienta, atusándose el pelo delante del tocador un momento antes de que volviesen a entrar dos don-

cellas con nuevos ramos de flores y presentes que llegaban de toda Roma.

—No te mereces todo esto —pensó Catalina La Bella en voz baja, mirando los tarjetones y los regalos y abrazando a aquel bebé que le parecía un regalo divino. Fuera, el sol seguía brillando en todo lo alto, las viejas canturreaban sus chismes y las regias buganvillas de Bonaparte bailaban, dulzonas, dando nuevas bienvenidas desde los muros altivos del palazzo Corsini.